

Matemáticas apócrifas

No hay mayor ignorante que el activista de licencias apócrifas. Fue en los últimos 70 o primeros 80 del siglo pasado cuando leí la obra del teólogo Leon Dufour, quedando gratamente entusiasmado al ver cómo presentaba la humanidad de la historia de Jesús de Nazareth. Por supuesto, en el resto de la sociedad de lo que se hablaba era de J.J. Benítez y sus troyanos, no del teólogo francés. Viene a ser como quien quiere entronizar a “El código Da Vinci” sin haber leído antes el “Quinto evangelio”. Ir a las fuentes, beber de la inspiración primera siempre será un lujo, tal vez fuera del alcance de la mayoría. Pero, de esa responsabilidad, no estamos nadie libre. Sin embargo, cuando nos aproximamos a las fuentes con mayor ansia de gloria que de discernimiento, estamos al borde de la ignorancia ilustrada. No falta el cuarto o quinto milenarista que descubre oro en cualquier resto de alambique arrumbado. Luego, que el vulgo lo acepte como verdadero sólo precisa del interés mediático. Por ejemplo, ayer se celebraba la festividad de san Joaquín y santa Ana, los apócrifos abuelos maternos del niño Jesús. Y digo apócrifos porque no aparecen en ninguno de los libros del canon bíblico, pero sí en algunos libros que fueron considerados apócrifos..., ¡a Dios gracias! Y digo esto porque si no hubiese sido así, habiéramos disfrutado de debates del estilo de si la virginidad de María fue más allá del parto o de cómo Jesusito se las calzaba de duras con los demás niños del barrio que no se comportaban “como Dios manda”.

Pues en Matemáticas nos pasa igual: hay mucha Matemática apócrifa. No será raro que tengamos algún compañero que cuente que en alguna ocasión le haya llegado un aficionado a las matemáticas con la demostración de algo que, si bien sabemos es falso, esa persona dirá que ha encontrado una demostración... ¡a la que nadie le presta atención! Me dirás, “pues no seáis tan estirados y decidle dónde se encuentra el error”. La cosa no es tan fácil: encontrar un razonamiento erróneo puede no ser tarea sencilla; es más, ¿por qué no lo busca el propio autor sabiendo que se le dice que se encuentra errado? Pues porque no está dispuesto a aceptarlo: no le basta que la comunidad matemática haya aceptado como buena la afirmación contraria. Y si en matemáticas es así, ¿qué decir de una disciplina que no tiene la característica de verdadero o falso, una vez aceptadas unas premisas?

Fecha: 26/07/2016

Enrique de Amo
Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL